

EDICIONES BISTAGNE
4 plás.

SERIE
AVVENTURAS FILMS

EL CISNE NEGRO

Tyrone
POWER

Maureen
O'HARA



EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRÁFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

El cisne negro

Maravillosa película de aventuras, en tecnicolor

Argumento

RAFAEL SABATINI

Guión

BEN HECHT y SETON I. MILLER

Productor

ROBERT BASSLER

Director

HENRY KING

Es un film

TWENTIETH CENTURY-FOX

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

REPARTO:

Tyrone Power - Maureen O'Hara - Laird Cregar - Thomas Mitchell
George Sanders - Anthony Quinn - George Zucco - Edward Ashley

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Imp. Vda. J. Ferrer Coll — Valencia, 197 — Barcelona

EL CISNE NEGRO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Los buques piratas señoreaban por todos los ámbitos del mar de las Antillas. Su bandera, negra como la noche, era el terror de las poblaciones costeras cuando aparecía en el horizonte. Los hombres que navegaban bajo su amparo tenían fama de valientes, pero también de sanguinarios, crueles y soeces. La escoria de la sociedad parecía darse cita en las naves piratas que asolaban aquel mar. Los buques de guerra ingleses y españoles se veían impotentes para acabar con aquella chusma, porque eran incapaces de luchar con sus mismas armas: la astucia y, sobre todo, la sorpresa.

En Guadela, una de las poblaciones bañadas por el Caribe, rodeada de altos muros y de largos cañones que la protegían de cualquier ataque de la piratería, el sereno cantaba la medianoche. No

muy lejos, un galanteador daba una serenata en honor de la dama de sus sueños, que le escuchaba complaciente, con los ojos semiabiertos, al otro lado de la reja. La noche era hermosa, la calma era absoluta y la naturaleza y los corazones respiraban paz y tranquilidad.

Pero sólo en apariencia, pues los terribles bucaneros habían desembarcado en una playa cercana a la población. Al otro lado de las murallas, amparados en la oscuridad, ansiosos de sangre y de botín, los piratas esperaban el momento propicio para lanzarse al asalto de la blanca ciudad de Guadela. La medianoche parecía ser la hora más a propósito para el ataque. La voz chillona del sereno era consigna. Emergieron silenciosamente de la oscuridad y escalaron las altas murallas que protegían la ciudad,

y después, ayudados de largas cuerdas, se lanzaron sable en mano sobre su presa.

La lucha fué breve. La guarnición, sorprendida, opuso poca resistencia, y la poca que opuso fué doblegada por los atacantes. Luego, dueños de Guadela, los piratas saquearon la ciudad. Mujeres, joyas y tapices pasaron a sus manos. Y después de bañarla de sangre y de lágrimas, la incendiaron para satisfacer su instinto destructor. Luego se retiraron, ya amanecido, a un lugar de la playa con todo su botín, mientras corría el vino abundantemente, y con el vino las borracheras.

Jamie Waring, el segundo del primer pirata de aquellos mares y de todos los tiempos, Morgan, estaba pensativo, y si se emborrachaba era para olvidar que en aquellas horas, quizás, en un lugar de Londres, estarían ahorcando los ingleses a su jefe.

En cambio el capitán Leech, que estaba a su lado, no era de la misma opinión. El capitán Morgan le hacía sombra en aquellos mares y era una suerte para él que lo ejecutasesen.

—Nadie puede impedir que ahorquen a quien sólo merece cuerda — le decía Jamie.

Pero Jamie era fiel a su capitán. Elevando un cáliz de oro, lleno de

dulce vino, contestó medio borracho al capitán Leech:

—¡Por el capitán Morgan, canalla! — Y añadió seguidamente — : Ahorcado o vivo es el que vale más de la pandilla.

Y después de este brindis, otro, y otro y otro. A alguna distancia de sus naves los piratas bebían, jugaban, dormitaban o se peleaban, disputándose el botín. Por ello no se dieron cuenta de que los pocos soldados que habían quedado vivos en Guadela, se habían agrupado nuevamente y acechaban a los piratas, escondidos detrás de matorrales y arbustos. Cuando les pareció el momento oportuno, abrieron fuego de mosquetería contra los piratas y éstos huyeron a sus barcos, abandonando su botín, a algún compañero muerto y a Jamie Waring, que en su borrachera se había dormido y que cayó en manos de la tropa.

Pocas horas después el segundo de Morgan era trasladado a la fortaleza de la isla y allí, por orden de don Miguel, el comandante de la misma, amarrado a un aparato de tortura.

Don Miguel sabía de sobra quién era Jamie Waring, sabía que había sido segundo en el mando con Henry Morgan en el asalto de Panamá y en los saqueos de Maracaibo, Puerto Cabello y Trujillo. Sabía que no se trataba de un vulgar

asesino. Y quería saber de sus labios el paradero de Morgan.

—¿Dónde está? — le preguntó.

—En Inglaterra.

—¡Mentira! — replicó don Miguel — . Allí es donde debía estar, pero colgado de una verga junto con sus compañeros. Me ha dicho nuestro embajador que se escapó.

El capitán Jamie Waring, amarrado al aparato de tortura, respondió:

—Noticia agradable, don Miguel.

En vista de tal respuesta, el comandante ordenó a sus hombres que le diesen un cuarto de vuelta a la rueda, y Waring contrajo sus músculos y ahogó un grito de dolor.

—¿Dónde está su buque? — insistió el militar.

Pero Jamie era terco.

—Anclado — le respondió socarrón — . Lo tenéis entre los bigotes, don Miguel.

Don Miguel, perdida la paciencia, ordenó a sus hombres que le dieran una vuelta entera a la rueda. Y Jamie tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para ahogar el dolor que le producía la tortura.

Pero en aquel momento, un extraño rumor sonó cercano; las puertas de la habitación se abrieron de golpe y por ellas atravesó, rodeado de sus compañeros, Tom Blue, un audaz pirata irlandés, amigo de

Jamie. Se entabló entre los recién llegados y los soldados una violenta lucha que terminó con la victoria de los primeros. Tom Blue dió seguidamente a sus hombres la orden de que detuvieran a don Miguel que les contemplaba asustado, y desató del potro a su amigo Jamie, mientras le decía, zumbón:

—Entré en el puente a llenar unos barriles de agua, me encontré a un amigo, y le dije: «¿Cómo está mi amigo don Miguel?» «Bien», dijo él. «El noble caballero atiende a sus huéspedes». «¿A quiénes?», dije yo. «Pues entre otros —dijo él— vi a Jamie Waring». «Bien — dije yo— , a esta fiesta no puedo yo faltar». Y aquí estamos.

Jamie, una vez estuvo libre de las ligaduras, preguntó ansioso a Tom Blue:

—¿Cuántos sois? ¿Cuántos barcos traes contigo?

—Dos navíos. El segundo llega ahora. Pero voy a darte novedades.

Jamie, sin embargo, no estaba para novedades. Necesitaba recobrar el uso de sus entumecidos miembros y para ello nada le era tan necesario como una botella de vino. La escogió de las que tenía en una mesa don Miguel. Tommy, amigo del vino como buen pirata, al darse cuenta de que las botellas del comandante español eran de ca-

lidad, tamó una por su cuenta y la vació de un solo trago.

Don Miguel, desde un rincón, contemplaba a los piratas, temeroso de la suerte que le esperaba, Jamie se acercó a él, después que hubo bebido.

—Admirasteis mis ladridos, don Miguel — le dijo —; veremos si os gustan mis mordiscos.

El comandante le suplicó con voz trémula que le perdonara. Pero Jamie no tuvo compasión de él. Lo llevó a empujones hasta el aparato de tortura y allí ordenó a Blue que le ayudara a ponerle la rueda.

—¡Maldición! — gritó el comandante —. ¿Qué vais a hacer?

—Agradezco vuestra hospitalidad, don Miguel — repuso Jamie —. ¡A la rueda!

Y aunque don Miguel se resistía, gemía y amenazaba a sus verdugos, fué atado en el mismo lugar que poco antes había ocupado Jamie Waring.

—En el nombre del cielo, soltadme, soltadme — suplicaba, mientras Tom Blue y sus hombres daban vueltas a la rueda y sentía cómo sus miembros se le desgajaban poco a poco. Y cómo vió que no le hacían caso, gritó con toda la fuerza de sus pulmones —: ¡Lord Denby! ¡Lord Denby!

Pero Jamie no sintió piedad para

quien le había tratado a él de igual forma.

—Amigo don Miguel — le dijo —, dais unos ladridos de mastín. ¡Duro con él, muchachos! Quiero recompensar una a una sus bondades.

Pero en aquel momento, espada en mano, apareció un caballero en lo alto de la escalera.

—¡Alto allá! ¡Quietos, bestias! — gritó a los piratas —. Dejadle libre. Os lo mando yo en nombre del Rey Carlos.

Jamie le respondió con altivez:

—¿Quién diablos sois para mandarme a mí?

—Soy lord Denby, gobernador de Jamaica.

Jamie conocía de nombre al gobernador. Era quien había llevado al capitán Morgan ante los jueces. El principal culpable acaso de que el primer caballero de fortuna del mar de las Antillas se encontrara en aquel momento a punto de ser colgado en los muelles de Londres.

—¡Marchaos! — ordenó lord Denby a los piratas.

Y al ver que Jamie le contemplaba burlonamente sin moverse, le dijo con desprecio:

—¡Renegado maldito!

La sangre subióse al rostro del pirata. Acercóse a él y cuando estuvo a pocos pasos del gobernador, le dijo:

—¿Renegado? Tú sí que lo eres. Visitas a los enemigos y denuncias a los tuyos, ¡cobarde!

Pero lord Denby le respondió con aire autoritario:

—¡Basta! ¡Dejad las armas! El Rey ha firmado la paz. La guerra terminó ya.

Pero Jamie no podía creer aquello. Era a buen seguro una treta de lord Denby para obligarles a liberar a don Miguel. Para Jamie la guerra entre ingleses y españoles continuaba mientras no tuvieran otras pruebas mejores que la palabra de lord Denby que para él, un pirata, no tenía ningún valor.

Tom Blue era de la misma opinión. Para él el gobernador de Jamaica, aunque compatriota suyo, no dejaba por eso de ser un enemigo.

—¡A la horca con él! ¡A la horca!

Pero Jamie no quiso una muerte así para lord Denby. La horca era sólo para los valientes; en cambio, un negro calabozo era el lugar más apropiado para los traidores.

—Llevadle abajo, que haga compañía a los suyos.

Los piratas se lanzaron sobre él y lo desarmaron. Lord Denby gritó mientras los piratas lo empujaban hacia los sótanos del castillo:

—Haré que os cuelguen a todos. Pero Jamie, entre grandes risotadas,

ordenó a los hombres de Tom Blue:

—Llevadle, encadenadle al muro y que se pudra en la mazmorra.

En cuanto los piratas hubieron desaparecido escaleras abajo con el gobernador de Jamaica, Jamie descorchó en su honor y en compañía de Tom Blue una nueva botella de vino. Con ella en una mano y la espada en la otra, ambos empezaron a desvalijar aquel palacio que contenía verdaderos tesoros. Mientras tanto, don Miguel se había desmayado.

Luego Jamie y Tom se dedicaron a arrancar tapices y a recoger todos los objetos de oro y plata que encontraban. Tal hacían cuando apareció por lo alto de la escalera una hermosa muchacha que gritaba con ansiedad:

—¡Padre!

Al ver a aquellos hombres les preguntó con algún temor:

—¿Dónde está mi padre?

Jamie, atraído por la belleza de la joven, se acercó a ella. La muchacha, por lo que pudiera suceder, le apuntó con una pistola que llevaba en la mano.

—Haré fuego si se acerca. Soy lady Margaret, la hija de lord Denby. ¿Y vos quién sois?

—Un don Nadie — repuso Jamie —, un bucanero, ave de rapiña de los siete mares... azote de ene-

migos que reciben en sus palacios a nobles señores ingleses. Waring es mi nombre, pero los que me quieren me llaman «Jamie mío».

Y como Waring avanzara un poco, lady Margaret la encañó su pistola :

—He visto danzar a algunos de vosotros con el cuello estirado y la lengua fuera — le repuso, amenazadora —. Y ese será el fin de todos. ¿Dónde está mi padre? Decídmelo o tiro.

Pero Waring, con un rápido movimiento de su espada, le quitó el arma que rodó por el suelo. Luego se acercó a la muchacha y, contra su voluntad, la estrechó entre sus brazos.

—Yo suelo probar el vino antes de comprarlo. Echaré un trago, a ver si la mercancía es buena — le dijo, al tiempo que intentaba besarla.

Pero lady Margaret le mordió en el rostro y Jamie retrocedió, lanzando un grito de dolor. Luego se acercó nuevamente y dió un golpe

brutal a la muchacha que la privó del sentido, la recogió después del suelo y llevándola en sus brazos empezó a bajar las escaleras.

En aquel momento se abrieron las puertas de la sala y una voz conocida, gritó :

—¡Hola, Jamie mío!

Jamie se quedó viendo visiones. Se trataba del mismísimo Henry Morgan, enfundado en un traje de caballero. Fué tarifa la sorpresa de Waring, que lady Margaret le resbaló de los brazos y cayó por segunda vez al suelo.

—¡Henry! Pero, en nombre del cielo, ¿no te han ahorcado?

—No —repuso Morgan—. El real perdón y algo más. —Y añadió con aire triunfal—: Hay un montón de novedades, muchacho. Y ponte la camisa. Tu aspecto no es el que a un señor corresponde... y tráeme a mi gran admirador, el gobernador de Jamaica. Y si esa infeliz es su hija, hazle respirar unas sales. Y tú, Tom Blue, di a mis viejos capitanes que me vean esta noche en la «Taberna del Cerdo».

En Morgan el orgullo, la codicia y la ambición habían sido superados por el amor a su hermano y su amistad con el capitán Leech. Y había en su rostro un brillo que jamás había visto. Y su risa era una risa sincera y espontánea.

Aquella noche en la «Taberna del Cerdo» habíanse reunido todos los piratas que durante aquellos años habían navegado por todos los rincones del Caribe. Sólo faltaba Morgan. En su ausencia el capitán Leech trataba de indisponer a sus compañeros de aventuras en contra de aquél :

—Os digo que el capitán Morgan es un espia —aseguraba—. Salvó la vida ofreciendo entregar a sus camaradas para que os cuelguen. Morgan es un traidor.

Y como uno de los piratas dijera que antes de acusar a Morgan era conveniente escucharle, Leech le tumbó de un puñetazo. Luego, dirigiéndose a los demás, añadió :

—Digo que el capitán Morgan es un perro traidor que se ha vendido al Rey.

Pero Jamie no pudo soportar que alguien, sin fundamento, censurara a su amigo. Levantándose, gritó a todos sus compañeros :

—Y yo digo que el capitán Leech es un gorila que debe estar en compañía de los monos.

Aquellas palabras fueron el principio de una lucha entre los dos capitanes, que los demás contemplaron sin intervenir en ella. En aquel momento entró Morgan y al ver luchar a muerte a los dos hombres, gritó imperativo :

—¡Leech, Jamie, basta! ¡Basta, estúpidos... basta! ¡O acabaré con vosotros!

Ambos bajaron las espadas y, a regañadientes, volvieron otra vez a su sitio. Entonces habló Morgan :

—Caballeros : he traído para vosotros una oferta de su Majestad el rey Carlos. Su real perdón y cien acres de terreno a cada uno si os asentáis en tierra o dedicáis vuestras naves al comercio pacífico.

—¿Quién nos daría esos cien acres de terreno? —preguntó uno de los piratas.

—El nuevo gobernador de Jamaica —repuso Morgan.

—¿Y quién es el nuevo gobernador? —preguntó Blue.

—Henry Morgan. Sir Henry Morgan —repuso éste, y descubriendo-se, añadió—: Nombrado por su

Majestad y destinado a la isla de Jamaica para regirla.

Ante esta noticia, los piratas, recordando lo dicho por Leech, temieron una celada. Y aunque esto así no fuera, habituados a la libre vida del mar, a la aventura y a la lucha, no podía satisfacerles la proposición de Morgan.

—La piratería se acabó — prosiguió el nuevo gobernador de Jamaica —. Es cosa del pasado. Debemos dar paso al progreso y establecer la ley en nuestras colonias. Inglaterra quiere paz y tiempo para fundar un Imperio. ¿Vendrás tú a mi lado, Leech?

—Navegué siempre contigo, capitán Morgan — repuso Leech —. Si ahora te pasas al bando del Rey, sabré navegar también sin ti. — Y dirigiéndose a los piratas les preguntó, desafiando a Morgan — : ¿Quién me acompaña a Maracaibo?

Morgan, ante la invitación del capitán Leech a los piratas, les advirtió por adelantado:

—Soy gobernador de Jamaica y mi primer bando os avisa que haré enviar piratas y bucaneros a los abismos del mar Caribe. Doy a quienes no se quieran unir a mí un mes para poder salir de aguas inglesas.

Leech respondió el aviso con una provocación:

—Mi barco, el «Cisne Negro», no arría velas ante ningún espía. Esta es mi respuesta, capitán Morgan... y si alguno de vosotros tiene sangre en las venas yo le llevaré a Maracaibo. ¿Quién viene conmigo?

Todos los piratas se unieron a Leech. Sólo el capitán Waring y Tom Blue permanecieron sentados, sin decidirse por el uno ni por el otro. Leech les presionó para que le acompañaran, y cuando ya parecían decididos a ello, sobre todo Waring, que se había levantado, Morgan le ordenó:

—¡Siéntate, borracho! Eres mi segundo, todavía.

Waring volvió a sentarse, y Morgan pidió a Barney, el tabernero, que trajera cerveza para brindar con él.

Después que hubieron brindado, salieron los tres de la taberna. Morgan los acompañó para la ciudad y juntos llegaron al muelle en el preciso momento en que los piratas salían del puerto. Morgan, Waring y Blue contemplaron los buques, hasta que se perdieron en el horizonte.

Al día siguiente los tres se dirigieron al palacio del gobernador para tomar posesión del mismo. Fueron fríamente recibidos por lord Denby, que les dijo, no sin cierto deje de ironía en la voz:

—Ya puse a buen recaudo mis

efectos. El palacio está a vuestra disposición: saqueadlo o quemadlo.

Pero Morgan, con menos sorna, le respondió:

—Se comprende vuestra amargura, milord. No es un placer que un hombre al que quisisteis ahorcar sea vuestro superior. Mas, por la gloria del Imperio al cual servimos, estoy dispuesto a olvidar vuestro resentimiento.

Y acto seguido le tendió la mano en señal de amistad. Pero lord Denby hizo como que no la veía y con una mezcla de seguridad y altivez, le respondió:

—La ceremonia tendrá efecto mañana para transferir los poderes. Yo cumpliré mis deberes judiciales como buen servidor de la corona. Pero mi vida privada es mía, señor, y rechazo toda relación con bandidos.

Y acto seguido abandonó el palacio, dejando a Morgan y a sus amigos dueños del mismo.

—Idos a vuestros aposentos... piratas — ordenó Morgan a Waring y a Tom Blue, tan pronto estuvieron solos.

Y mientras él se dirigía a su nuevo despacho de gobernador, Waring desenvainó su sable y subió la escalinata que conducía al piso superior, seguido de Tom.

Una vez en el primer piso, Waring penetró en la primera habitación que encontró a su paso. Encontró en la misma a un negro con trazas de criado, que se le quedó mirando, asustado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Waring —. ¿Robando, eh?

—No, señor — respondió el negro —, yo buscaba un medallón que pertenece a miss Margaret, pero no está, señor. No está aquí.

—Ah! El cuarto de lady Margaret es éste, ¿eh? — le preguntó el pirata, agradablemente sorprendido.

—Sí, señor — le respondió el criado no muy tranquilo.

—Y esa cama — dijo señalando una que había en la habitación — ¿será bastante blanda?

El criado contestó afirmativamente y salió a toda celeridad de la habitación. Poco después Waring, que contemplaba lleno de satisfacción el hermoso dormitorio que le había tocado en suerte, vió relucir en el suelo un objeto brillante. Al recogerlo comprobó que era un medallón, el medallón de lady Margaret que buscaba el criado. Lo abrió y en su interior vió el retrato de Ingran, un noble al servicio de lord Denby. Iba a tirarlo por el balcón, cuando se arrepintió de ello y lo guardó en su faltriquera.

Al día siguiente tuvo lugar la toma de posesión del nuevo gobernador de Jamaica, sir Henry Morgan. El obispo de la isla, en nombre de la asamblea, le tomó el juramento de fidelidad al rey. Asistieron a la ceremonia todos los nobles de la colonia con sus familiares, y entre ellos el gobernador saliente, lord Denby con su hija Margaret. También asistía al acto Jamie Waring, en calidad de segundo de Morgan, y Tom Blue. Bajo el fuerte calor tropical, a la joven se le hacía pesada la ceremonia. Y por ello lady Margaret salió al jardín a buscar un poco de aire. Jamie, que no la había perdido de vista durante todo el acto, creyó que era la ocasión para poder hablar a solas con ella y salió también al jardín.

—No he visto una ceremonia tan pesada —dijo cuando estuvo a su lado—. Hacéis muy bien... —y añadió con una sonrisa—: podéis bajar vuestras pistolas.

La muchacha recordó la escena que había tenido lugar con el pira-

ta el día que le conoció, y respondió agresiva:

—Desgraciadamente, no tengo pistolas.

Jamie le repuso, galante:

—Vuestros ojos. Los cañones de algunas pistolas son más piadosos.

Pero Margaret no podía soportar la presencia del pirata y le aconsejó:

—¡Quitaos de mi vista!

Pero Jamie permaneció inmóvil. Una leve sonrisa apareció en su rostro. Y acto seguido entregó el medallón.

—¿Dónde lo cogisteis? —le preguntó Margaret.

—En vuestro cuarto lo vi.

La muchacha se estremeció de repugnancia.

—¿Dormís en mi cama?

—Sí —repuso Jamie—, me visitáis en sueños todas las noches y al despertar tropiezo con nuevos y deliciosos recuerdos vuestros: un lazo, una flor, un pañuelo.

—¡Fuera de mi vista! —volvió a ordenarle Margaret.

Pero Jamie hizo caso omiso de ello.

—No debéis aparecer en público enfadada —le aconsejó al ver que la muchacha, para evitar su presencia, quería entrar otra vez en la sala—. Dadme vuestro brazo. Recomiendo el jardín. Os tranquilizareis y os prometo no besaros a no ser que me lo pidáis como una señora.

Y se acercó a ella para cogerla del brazo. Pero ésta se desasió con violencia, y viendo en aquel momento a Ingram que se dirigía a su encuentro, gritóle:

—¡Roger, Roger, llévame a casa, por favor!

—¿Acaso este individuo te insultó?

—Sí —respondió Margaret.

Ingram desnudó su espada, mientras decía:

—Es tiempo de dar a esos lacayos una lección. Voy hacer un esfarramiento con él. Le tengo que matar como a un vulgar ladrón.

Pero Waring no le dió tiempo de atacar. Rápido como un rayo desarmó a su adversario. Luego, de un puñetazo lo tumbó al suelo, dejándolo sin sentido. Entonces, dirigiéndose a Margaret, le dijo:

—Bien, si estáis enamorada de él, sois muy poco para un hombre como yo.

Margaret abalanzóse sobre el

cuerpo de Ingram y, loca de ira, respondió a Jamie:

—¿Vos, maldito criminal? ¿Qué es lo que sabéis de hombres ni de nada humano? Lo único que sabéis es saquear, matar y quemar. Vuestras bestialidades no pueden entender de delicadezas.

Pero Waring, sin alterarse, le respondió:

—Os repito, preciosa, que tendréis que elegir entre los dos... y muy pronto quizás.

Y saliendo del jardín volvió a penetrar en la sala de la asamblea.

Aquella mujer, sin embargo, había clavado en su corazón como ninguna. Aunque no quería pensar en ella, una y otra vez sus pensamientos volaban hacia Margaret. Y aunque creía que la odiaba, en el fondo estaba convencido de que la amaba como nunca había amado a nadie en su vida.

A la mañana siguiente y mientras Margaret paseaba montada a caballo por las afueras de la población, se vió sorprendida en un claro del bosque por Jamie que, también montado a caballo, salía a su encuentro:

—Buenos días, milady! —fueron las primeras palabras que salieron de la boca del ex pirata.

Margaret, que se había dado cita con Ingram en aquel lugar, le respondió enojada:

—Estáis estorbando aquí. Conque marchaos.

Y como Jamie continuara a su lado, Margaret le golpeó con su látilo y salió disparada al galope, pero con tan mala fortuna que al saltar un arroyuelo cayó del caballo.

Jamie corrió solícito a auxiliar a Margaret y la reanimó como pudo.

—¡No me toquéis! —le gritó asustada la muchacha—. Dejadme.

Jamie, obediente, se separó un poco y le preguntó:

—¿Os podéis poner de pie?

—Sí, no me hice daño.

Pero al intentarlo, vió que era imposible. Jamie entonces, y sin que Margaret opusiera resistencia, la llevó hacia un claro del bosque, donde tendió a la muchacha.

—Os aconsejo que reposéis —le dijo.

—Ya podéis ir —le repuso ella.

Pero Jamie se opuso a ello.

—Ningún caballero abandonaría a una señora en un momento así. Tendeos y procurad quedarnos quieta. Esto os enseñará a ser más sociable en lo sucesivo. —Y tomando la pierna dañada en sus manos le aseguró:

—No hay nada roto.

Margaret se incorporó un poco y suplicó a Jamie:

—Traedme agua, por favor. Tengo mareos.

Jamie, obediente, se acercó a un arroyuelo que por allí discurría, pero no sin dejar de observar con el rabillo del ojo a la muchacha que, creyéndose sin vigilancia, se disponía a huir. Volvióse entonces y miró cara a cara a la muchacha. Margaret no tuvo más remedio que volver a sentarse. Luego Jamie apareció con una hoja de nenúfar, llena de agua. La muchacha bebió de ella, y no viendo posibilidad de escaparse trató de ganarse a Jamie por ternura.

—Parecéis mejor de lo que creía. Es claro, igual que los demás. Es probable que vos tengáis también madre, una encantadora viejecita.

Pero Jamie le contestó que estaba solo en el mundo desde hacía muchos años.

—Queréis que os cuente mi vida?

—Desde luego, hablad —le suplicó la muchacha.

Jamie, con los ojos entornados, le fué narrando su historia.

—A los quince años, y viviendo en Londres, fué cuando me di cuenta del encanto del mar. Estaba de meritorio en el despacho de un notario...

Margaret aprovechó la oportunidad que hacía rato estaba buscando. Tomó un enorme guijarro y sin

que Jamie se diera cuenta le golpeó en la cabeza, dejándole sin sentido. Luego, cojeando, se acercó a su caballo. En aquel preciso instante apareció Ingran cabalgando en su

montura. Jamie se recobró lentamente y, aturdido todavía, pudo ver como la pareja desaparecía entre los árboles del bosque.

Unos días más tarde, el propio Ingran visitaba el camarote del capitán Leech en el «Cisne Negro» y le anunciaba que de todo barco inglés que saliera con oro de la isla él le daría la partida y el puerto de destino para que Leech pudiera apresarlo. Todo ello a cambio de que se le entregara el diezmo del botín que se obtuviera. Y acto seguido le comunicó que el «Príncipe Consorte» entraría en Port Royal dentro de tres días, cargado con oro inglés. El capitán Leech cerró el trato con el traidor Ingran y después que éste volvió a tierra, dió la orden a su tripulación de que levara anclas y se aprestara para salir al encuentro del «Príncipe Consorte». Y, al día siguiente, el buque inglés era avistado, y luego abordado y saqueado totalmente.

La noticia causó gran impresión en la isla. Reunida la Asamblea en la Sala de Audiencia del palacio del gobernador, lord Denby, apoyado por los nobles, acusó a Morgan de connivencia con los piratas.

—Honorables miembros —dijo el ex gobernador dirigiéndose a los miembros de la Asamblea—, Leech tiene muchos amigos en Jamaica. Amigos de alta posición. Aquí los tenéis —y los señaló a medida que los nombraba por sus nombres—: Morgan, Waring, Blue, sus antiguos camaradas. —Y prosiguió—: Digo que mientras Morgan sea gobernador serán presa nuestros buques de sus amigos los piratas.

Ante tamaña acusación, varios nobles pidieron que se votara la inhabilitación de Morgan. Pero Morgan, adelantándose a esta mani-

obra, ordenó a Waring, a Blue y a los demás capitanes que habían permanecido a su lado, que a la mañana siguiente, en sendos buques, bajo el mando del primero, partieran a la búsqueda del capitán Leech.

—Bloqueadle en Tortuga—les dijo—. Hundidle, muchachos. Hay que barrer a Leech y su bandera de las aguas. —Y luego, dirigiéndose a la Asamblea, añadió—: Os dije cuando llegué que limpiaría el Caribe. Así he de hacerlo. Si fracaso podéis hacer las votaciones. Milores y caballeros, se aplaza la sesión.

Pocos momentos después, Ingran comunicaba a Fenner, el emisario de Leech, que aquella noche tres buques se harían a la vela para dirigirse a Tortuga y que era conveniente salir de ella y zarpar para Santo Tomás para salir al encuentro del «Real Tesoro», buque que partía para Inglaterra con un rico cargamento.

Mientras así hablaban los dos hombres, apareció Margaret con un coche tirado por dos caballos y se detuvo junto a Ingran. Este se despidió apresuradamente de Fenner y después de subir al coche se sentó al lado de la muchacha.

—¿Quién es ése? — le preguntó extrañada la muchacha —. Te vie-

ne molestando hace unos cuantos días.

—No — repuso Ingran, tratando de quitarle importancia al asunto—, el pobre diablo me pide un empleo.

Seguidamente Ingran le contó a Margaret que tenía malas noticias para ella.

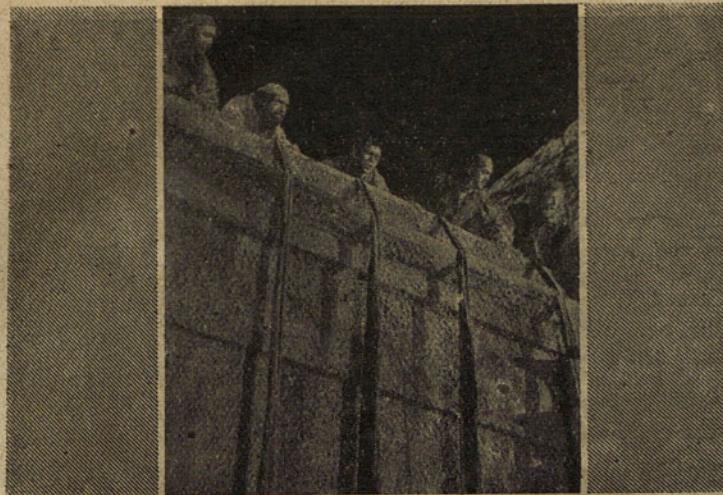
—Es el caso que tendré que ir a Londres. La proverbial tía que no hemos visto nunca se ha muerto y me ha dejado la consabida herencia. Soy muy rico, ¿sabes?

Aquella misma noche, tres naves al mando de Waring se hacían a la mar y de madrugada, poco antes del alba, avistaban la isla Tortuga. Después de mandar que subieran la pólvora a cubierta, ordenó aquél a sus naves que penetraran en la bahía, convencido de que Leech había anclado su barco en el interior de aquélla.

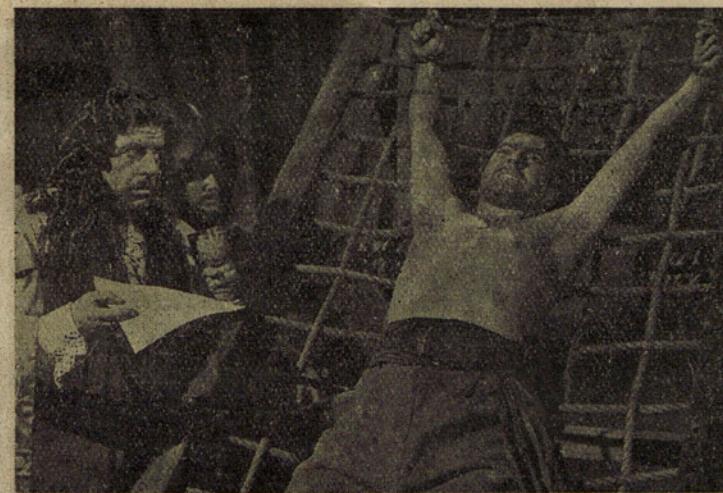
El buque fué penetrando lentamente en la misma. Pero cuando el día empezó a clarear y hubieron recorrido un buen trecho, el vigía gritó:

—Bahía clara; no hay barco a la vista.

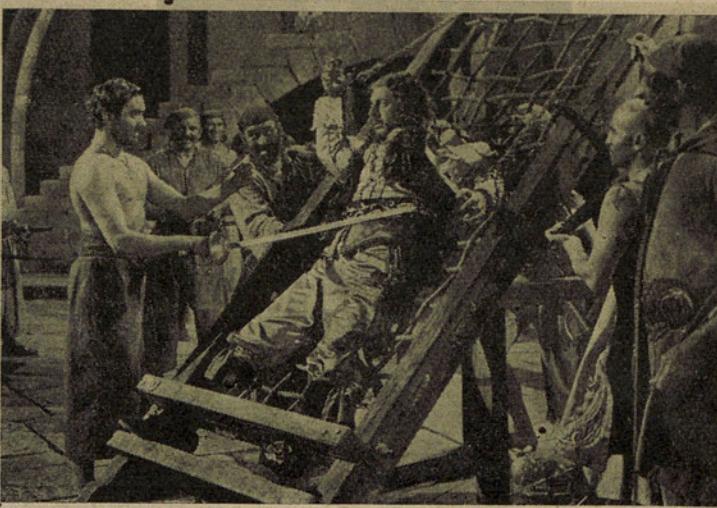
Waring y Blue pudieron comprobar, poco después, que, efectivamente, la bahía estaba desierta. En vista de ello, el primero ordenó al segundo que saltara a tierra y hus-



...escalaban las altas murallas que protegían la ciudad...



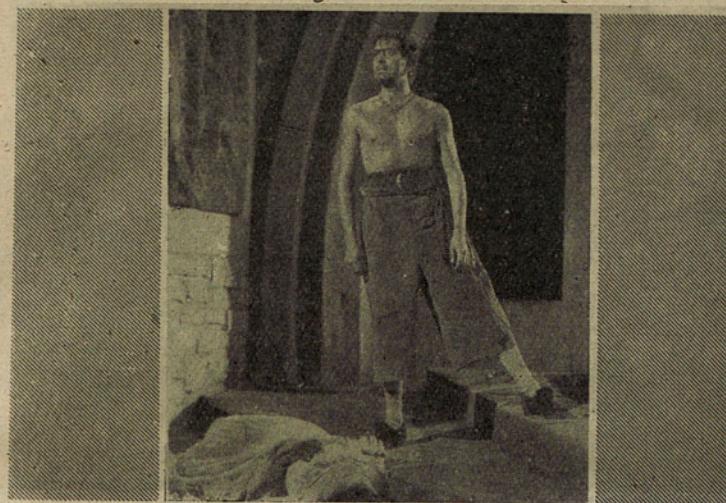
Jamie Waring, amarrado al aparato de tortura...



*El comandante le suplicó con voz trémula
que le perdonara.*



...y, contra su voluntad, la estrechó entre sus brazos.



*Fué tanta la sorpresa de Waring, que lady Margaret
le resbaló de los brazos y cayó por segunda vez
al suelo.*



—¡Henry! Pero ¿no te han ahorcado?



...una lucha feroz entre los dos capitanes...



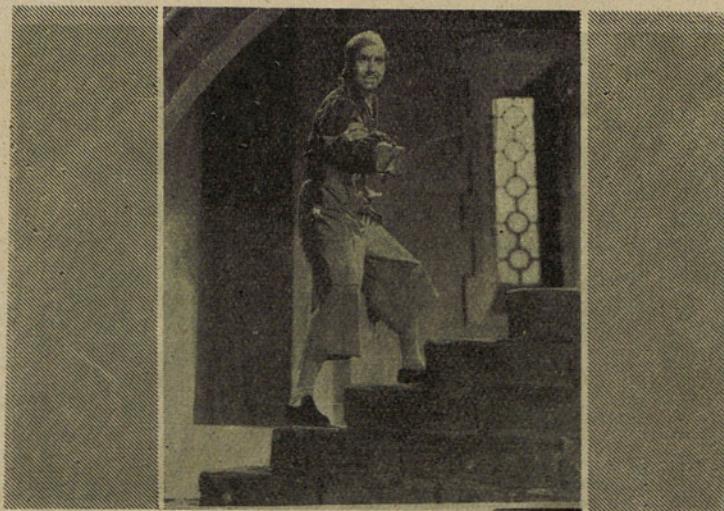
...—Basta, estúpidos... basta. O acabaré con vosotros.



—Caballeros, he traído para vosotros una oferta
de su Majestad el rey Carlos.



Morgan, Waring y Blue contemplaron los buques,
que se perdieron en el horizonte.



...Waring desenvainó su sable y subió por la escalinata.



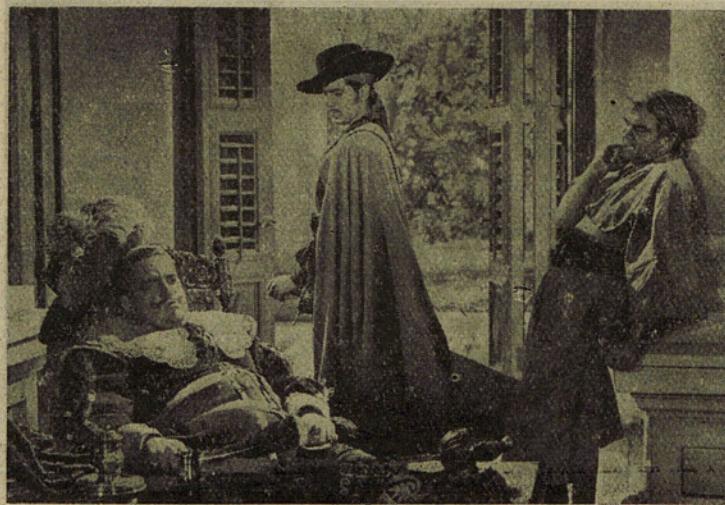
...después de subir al coche, Ingran se sentó al lado de la muchacha.



Jamie corrió solícito a auxiliar a Margaret...



...y apareció Jamie Waring.



Morgan, Waring y Blue se reunieron para discutir la situación.



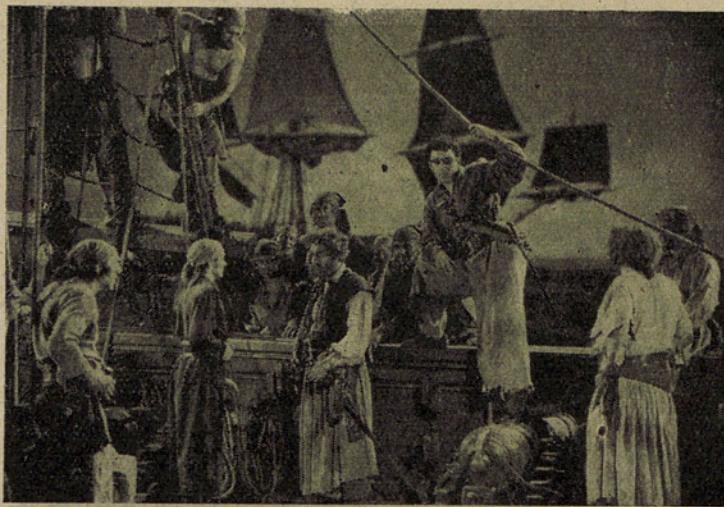
...y el coche cruzó por las dormidas calles de la ciudad.



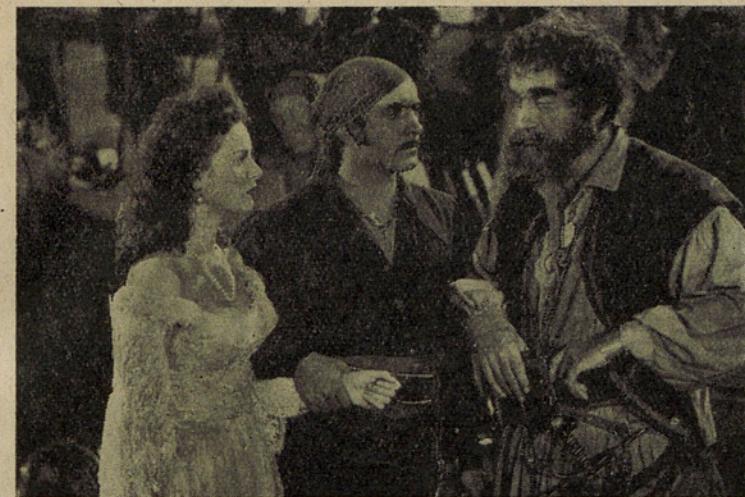
Margaret, con la mordaza puesta, se debatía en brazos de Jamie.



En cambio la muchacha no probaba bocado.



—¿Dejaste a Morgan? — le preguntó el pirata
después de haber saltado la borda.



...te presento al capitán Leech...



—Mientes, Waring.



Leech se había enamorado de Margaret.



...se vió obligado a amenazarle con su pistola.



...Jamie firmaba con Leech un compromiso...



—No temáis, mi cielo...
solo que os oírás al



—Que descanséis.



Y le ofreció su pistola.



...y arrastrándose por el suelo se acercó a la escotilla.



...ordenó a sus hombres que ataran a Jaime en la misma hamaca.



Y entre los dos se estableció un combate a vida o muerte.



...hizo frente nuevamente al pirata...



— ¡Jamie mío! — exclamó Margaret.

meara por aquellas cercanías por si Leech a salir de su habitual refugio averiguaba qué pudo obligar a gio.

Unos días después de la salida de Waring de Port Royal, lord Denby, en la Asamblea, pedía un voto de inhabilitación contra Morgan, basándose en que no había cumplido su promesa de dejar el Caribe limpio de piratas: un barco inglés, el «Real Tesoro», había sido asaltado por los bucaneros con la consiguiente destrucción y con la matanza y el saqueo de costumbre.

Ingran fué el primero en adherrirse a la petición de lord Denby y luego, con él toda la Asamblea. Pero Morgan trató de hacerles comprender la inutilidad de su voto de inhabilitación.

—Podéis presentar mil proposiciones de censura, pero no inhabilitarme. Para que yo abandone

este sitial necesitaríais una carta del Rey, y antes que la tengáis en vuestras manos os enviaré la cabeza de Leech. Os la serviré en bandeja, con una manzana en la boca. Mis capitanes traerán a Leech y a sus bucaneros a Port Royal.

No bien hubo terminado de hablar, se oyeron grandes voces y la puerta principal de la Sala de Audiencia se abrio y aparecio Jamie Waring.

—Ahí está la respuesta, pisaverdes — les gritó Morgan a los nobles, convencido de que Jaime le traía la noticia de que Leech había sido derrotado.

Pero Waring se acercó a él y le

—Mis informes han de ser confidenciales.

Morgan, sin embargo, convencido del triunfo, le exigió que explicara el resultado de su expedición a la Asamblea.

—Cuántos buques de esas ratas enviaste al abismo y cuántos piratas has traído para colgarlos en Port Royal?

—No he visto ratas ni he colgado a nadie, sir Henry — repuso gravemente Jamie.

Morgan quedó anonadado por la noticia. Y el momento fué aprovechado por lord Denby para gritar a los reunidos:

—Milores y caballeros, esto es una traición.

Pero Jamie le atajó rápidamente:

—Tenéis razón, lord Denby. Traición es la palabra. Leech supo de nuestra expedición. Hubo quien en Port Royal envió un mensaje a Tortuga. El mismo hombre que mandó noticias del «Príncipe Consorte» y del «Real Tesoro».

—Pido pruebas de tan tonta acusación—exclamó lord Denby.

Jamie no se amilanó ante esta exigencia y repúsole con firmeza:

—Ya que pedís pruebas, prometo traerlas. Sólo vine para suministros. Voy a reunirme con mi gente y registrare el Caribe hasta dar con Leech.

Y como entonces interviniere Ingran y le preguntara la situación

de sus barcos, y Waring se negara a contestarle, el traidor pidió a la Asamblea que le comisionara para plantear el asunto ante el Rey, pues partía hacia Inglaterra dentro de dos días con su prometida lady Margaret. Y como fuera que los nobles apoyaran la moción, Morgan, dando grandes voces, intentó suspender la sesión, y como no lo consiguiera, abandonó irritado la Asamblea, seguido de Jamie.

Inmediatamente Morgan, Waring y Blue se reunieron para discutir la situación. Morgan era del parecer de que Jamie zarpara aquella misma noche con sus naves. Pero éste se opuso a ello.

—Zarparé mañana noche —dijo.

—¿Y por qué? — preguntó el gobernador.

—He de hacer una visita.

Morgan comprendió perfectamente de qué se trataba.

—Estás enamorado, ¿no es esto? Esta chica tonta de Denby, ¿eh?

—Y añadió —: Muchacho, déjala tranquila.

—Tengo que hablar con ella — insistió Jamie tercamente.

—No, amigo mío — repuso Morgan —, esa chica se casará mañana y es mejor para ti. Tú embarcas esta noche y zarpas en seguida o dejas de ser mi capitán. Ahora ve, Jamie. Ya sabes mis órdenes. Y recuerda que no es a Margaret

con una manzana en la boca a quien quiero, sino a Leech.

Pero la terquedad de Jamie no tenía límites. Llegada la noche y en compañía de Blue, partió en coche hacia la mansión de lord Denby. Una vez allí, Blue se quedó en el pescante y Jamie saltó a tierra y penetró sigilosamente en el jardín de la casa de Margaret. Por una extraña casualidad, una vez hubo penetrado en él, topó con la muchacha, que había salido a respirar el aire de la noche.

—Ignoraba que también fuerais ladrón de casas, capitán Waring — le dijo con el tono que habitualmente solía emplear para hablar con Jamie.

—¿Sabéis que sería mucho mejor para ambos que yo os odiase tal como deseo? — repuso éste —. Desgraciadamente, tengo para vos tiernos sentimientos —. Y luego prosiguió como si hablara consigo mismo —: ¡Que sea capaz una mujer de jugar así con un hombre! Podemos desear estrangularla y minutos después nos casamos con ella.

—No quisiera llamar a mis criados para que os echaran fuera — fué la respuesta de Margaret.

Pero Jamie no perdió por ello el aplomo. Estaba seguro de sí mismo y de que la muchacha también

le amaba, acaso sin ella mismo sospecharlo.

—He conocido muchos gatitos salvajes como vos — repuso —, y sé que no me equivoco. ¿Es que no os dais cuenta? Estoy diciéndote que te quiero y tendrás que llamarme «Jamie mío» en vez de casarte con ese pisaverde.

Y como la muchacha no le contestara, le preguntó :

—Bueno, ¿quieres venir conmigo o no?

—Os tuve siempre por lo que sois, pirata — replicó Margaret, y como viera que Jamie trataba de acercarse a ella, gritó asustada —: ¡No me toquéis!

Pero él no se arredró por ello.

—Hacéis que la cortesía sea más difícil de lo que pensaba —repuso.

Y lanzándose sobre ella, la amordazó para que no gritara, y cogiéndola en brazos, la sacó del jardín y la llevó hasta el coche.

—Estás jugando con la muerte, Jamie — exclamó Blue al verle.

Margaret, con la mordaza puesta, se debatía en los brazos de Jamie. Este, dirigiéndose a Blue, le ordenó :

—Leva anclas. Blue, obediente, tiró de las riendas y el coche cruzó por las dormidas calles de la ciudad en dirección al puerto.

—Morgan se pondrá loco cuando se entere —dijo Blue.

—Lo hago para salvarle —le con-

testó Jamie. Dejaremos a Ingran anulado en Jamaica y no irá a ver al Rey.

—Tenemos una avería en la proa,

capitán. ¿No queréis venir a verla?

Jamie salió inmediatamente del

camarote y, una vez fuera, Tom le

anunció:

—Dos a la vista.

El capitán comprendió que se

trataba de los buques piratas.

—¿Es Leech? —preguntó.

—Le conocí en cuanto divisé el

tope de mesana.

Efectivamente, se trataba del

«Cisne Negro» y del «Halcón», dos

bucos piratas al servicio de Leech.

Ambos habían avistado al «Revenge» y se mantenían al paro.

La situación era verdaderamente dramática para Jamie. Sabía que no tenía fuerzas para hacerles frente,

pero sabía también que el «Cisne Negro» era un velero muy rápido y

todo intento de fuga resultaría im-

posible. A Jamie entonces se le

ocurrió una estratagema. Mandó

izar la bandera negra y que su bu-

que saliera al encuentro de los pi-

ratás. En aquel momento salió Mar-

garet a cubierta y al ver la bande-

ra negra con la calavera y las ti-

bias, dijo a Jamie:

—Está tan claro como la luz,

mister Ingran acertó. Estáis de

acuerdo con Leech.

Pero Jamie la introdujo violenta-

mente en el camarote y la encerró

con llave, mientras murmuraba:

—Pensad lo que os plazca.

Poco después, Leech, acompaña-

do de varios de sus hombres, se

acerca en un bote el «Revenge».

—Sube a bordo, capitán —le gri-

tó Jamie al verlo.

Leech, aunque temeroso de que

Waring le hubiese preparado algu-

na trampa, subió a bordo con sus

hombres.

—¿Dejaste a Morgan? —le pre-

guntó una vez hubo saltado la bor-

da del buque de Jamie.

—La verdad es que él me ha de-

jado a mí —mintió Waring—. Yo

no nací para convivir con sus pisas-

verdes y nunca llevaré peluca. Re-

sistí todo lo que pude, pero me can-

sé de Morgan. Aquí estoy.

Pero Wogan, uno de los hombres

de Leech, exclamó intencionada-

mente:

—Mientes, Waring. Anteayer es-

tuviste con ellos y en la Asamblea

dijiste que salías para capturarnos.

—Reflexiona con juicio, capitán

—continuó Jamie sin inmutarse—.

—Podía retar a la Asamblea? Hu-

biera ido en seguida a adornar un

—No, mi padre no —exclamó re-
sueltaamente la muchacha.

—¿Ingran, entonces? —dijo Ja-
mie. Y como la muchacha no con-
testara, le preguntó: Bien, ¿por-
qué no respondéis?

En aquel momento Blue apareció
en la puerta y, guiñándole un ojo
a Jamie, le dijo:

—Tenemos una avería en la proa,
capitán. ¿No queréis venir a verla?

Jamie salió inmediatamente del
camarote y, una vez fuera, Tom le
anunció:

—Dos a la vista.

El capitán comprendió que se
trataba de los buques piratas.

—¿Es Leech? —preguntó.

—Le conocí en cuanto divisé el
tope de mesana.

Efectivamente, se trataba del
«Cisne Negro» y del «Halcón», dos

bucos piratas al servicio de Leech.

Ambos habían avistado al «Reve-
nge» y se mantenían al paro.

La situación era verdaderamente dramática para Jamie. Sabía que no tenía fuerzas para hacerles frente,

pero sabía también que el «Cisne Negro» era un velero muy rápido y

todo intento de fuga resultaría im-

posible. A Jamie entonces se le

ocurrió una estratagema. Mandó

izar la bandera negra y que su bu-

que saliera al encuentro de los pi-

ratás. En aquel momento salió Mar-

garet a cubierta y al ver la bande-

ra negra con la calavera y las ti-

bias, dijo a Jamie:

—Está tan claro como la luz,

mister Ingran acertó. Estáis de

acuerdo con Leech.

Pero Jamie la introdujo violenta-

mente en el camarote y la encerró

con llave, mientras murmuraba:

—Pensad lo que os plazca.

Poco después, Leech, acompaña-

do de varios de sus hombres, se

acerca en un bote el «Revenge».

—Sube a bordo, capitán —le gri-

tó Jamie al verlo.

Leech, aunque temeroso de que

Waring le hubiese preparado algu-

na trampa, subió a bordo con sus

hombres.

—¿Dejaste a Morgan? —le pre-

guntó una vez hubo saltado la bor-

da del buque de Jamie.

—La verdad es que él me ha de-

jado a mí —mintió Waring—. Yo

no nací para convivir con sus pisas-

verdes y nunca llevaré peluca. Re-

sistí todo lo que pude, pero me can-

sé de Morgan. Aquí estoy.

Pero Wogan, uno de los hombres

de Leech, exclamó intencionada-

mente:

—Mientes, Waring. Anteayer es-

tuviste con ellos y en la Asamblea

dijiste que salías para capturarnos.

—Reflexiona con juicio, capitán

—continuó Jamie sin inmutarse—.

—Podía retar a la Asamblea? Hu-

biera ido en seguida a adornar un

penol. Y concretemos, ¿somos asociados o no?

Pero Leech no se dejaba convencer.

—¿Por qué razón volviste a Port Royal luego? Vamos, contesta, ¿por qué?

—Fué por mi esposa — mintió Jamie.

Un coro de carcajadas acompañó su respuesta. Pero Jamie, resuelto, se dirigió a su camarote y, sacando de él a Margaret, le dijo:

—¿Estás aquí, amor mío? Fíjate, estos caballeros dudaban de que tuvieras tan bella esposa.

Leech, que no esperaba aquello, dijo con acento meloso a Margaret, mientras le clavaba sus ojos:

—Celebro conocerlos, señora mía.

—Y dirigiéndose a Jamie, exclamó:

—Mil perdones, capitán. Yo también hubiera ido a Port Royal para buscar una joya de tal valor. Y luego de contemplar nuevamente a Margaret, prosiguió con Waring: Sí, me asocio contigo, sólo que en garantía de que no vas a romper nuestro convenio, tú y la señora iréis conmigo en el «Cisne Negro», ¿eh? Tendréis viaje de novios y todo.

Jamie no tuvo otro remedio que aceptar, pues una negativa hubiera dado lugar a sospechas. En compañía de Margaret y de Leech se trasladaron al «Cisne Negro», dejando a Tom Blue al mando del «Revenge», con la orden de que navevara siempre junto al barco pirata.

**

Leech se había prendado de Margaret. Cuando la tuvo en su barco trató de cortejarla y aprovechó un momento que estaba sola para ir a visitarla en su camarote. Y como Jamie le sorprendiera, se vió obligado a amenazarle con su pistola para que la dejara en paz.

Al anochecer, sin embargo, Jamie firmaba con Leech un compromiso en el que se establecían las condiciones de su unión y se fijaba cómo debía valorarse y repartirse el botín que consiguieran. Y luego de saber que el puesto de arribada del «Cisne Negro» era Maracaibo, salió del camarote de Leech para dirigirse al suyo.

Al entrar en él, Margaret, que estaba en la cama, ante la idea de tener que pasar la noche con Jamie, dijo asustada:

—Marchaos, marchaos. No quiero veros aquí.

—Con tan bella mujer — le respondió Waring —, se extrañarían a bordo de que no viniese.

Aunque Margaret se hizo cargo

de que en la forma en que había sido presentada no cabía otra solución, no por ello disminuyó su alarma. Sin embargo, trató de aparentar tranquilidad. Pero como viera que Jamie hacía preparativos para acostarse, le preguntó:

—¿Vais a dormir aquí?

—Temo que no hay otro remedio.

Y Waring preparó una hamaca para acostarse en ella. Antes, sin embargo, se aproximó a Margaret.

—No os acerquéis a mi cama — le dijo la muchacha, temiendo que fuera a besárla.

—No temáis, mi cielo — le respondió Jamie —. No lo haré hasta que me llaméis «Jamie mío», y lo pidáis tres veces.

Y acto seguido se tendió en la hamaca y clavó su espada en el techo de forma que el pomo quedó junto a él. Una vez acostado, se volvió hacia la muchacha para decirle quedamente:

—Que descanséis.

Transcurrió algún tiempo sin que

ninguno de los dos pudiera pegar los ojos. De repente, Jamie se incorporó un poco y como le pareciera oír un pequeño ruido cerca de la puerta, saltó de la hamaca, la escondió y se acostó junto a Margaret. Y aunque ésta iba a protestar, Jamie le impuso silencio.

—Nos va la vida en ello—dijo

Al poco rato ambos vieron como la puerta se abría silenciosamente y aparecía el capitán Leech, medio borracho, con un vestido de mujer en una mano y una botella de vino medio vacía en la otra.

—¿Qué quieres tú? — le gritó Jamie con fingido enojo.

—He venido a pedir que me dispenséis. Mi antiguo amigo se ha casado y no le he hecho mi regalo de boda — y entregó a Margaret el vestido de encaje que llevaba en la mano—. Lo hallé en el «Real Tesoro».

—Gracias por el detalle, Leech—
le dijo Jamie secamente.

Pero en aquel momento el buque dió un bandazo y Leech se agarró a las sábanas de la cama para no caer. Al levantarse y ponerlas en orden, se dió cuenta de que Jamie dormía con el vestido puesto. Leech hizo como si no hubiese visto nada. Se dirigió hacia la puerta y antes de salir dijo:

—Tal vez necesito mi cabeza más de lo que pienso.

Y cerró la puerta tras de sí.
Tan pronto estuvo fuera Leech,
Margaret ordenó a Jamie:

—Salid de la cama., ,
—Sois muy desagradecida, ma-
dame — le repuso Waring, obede-
ciendo.

—Voy a dormir con una pistola
al lado y si os acercáis a mí os
mataré.

—Aquí la tenéis — repuso Jamie
— y os doy el permiso de volarme
la cabeza si soy tan idiota que
vuelva a acercarme a vos.

Y le ofreció su propia pistola.

Mientras todo eso ocurría en el «Cisne Negro», sir Henry Morgan llegaba a Maracaibo en busca de Jamie, pues le suponía allí. Sus antiguos compañeros le comunicaron que nada sabían de él desde que salió para Port Royal para reposarse. Entonces Morgan, rojo de indignación, les comunicó que Waring se había escapado con la hija de lord Denby.

—El ladrón la robó de su palacio igual que un indio. Estaba yo en mi casa cuando cien energúmenos parientes del perjudicado llegaron allí para matarme. Deshicieron una docena de cráneos y pude llegar a la costa seguido por toda Jamaica, que me tiraba piedras; luego me escondí en la lancha de un pescador, salí de noche y durante tres días no comí más que pescado crudo. Dadme cerveza, porque no puedo más de sed.

Después que Morgan bebió cuan-
to pudo, uno de sus capitanes le
preguntó:

—¿Qué hay de Leech, sir Henry?

Morgan le respondió con gran excitación:

—No me llaméis sir Henry. Jamaica se fué y con ella mi título. Nuestra única oportunidad de recuperarla es presentarnos a la Asamblea llevando las cabezas de Jamie Waring y de Bill Leech, con lady Margaret en estado de poder hablar en nombre de su salvador. Poned vigías a las escolleras y despedad en cuanto haya señal de ese malvado.

Poco podía pensar Morgan que Jamie se encontraba en aquel momento en el «Cisne Negro» tendido en una hamaca junto a Margaret y pensando que la nave iba rumbo a Maracaibo, que era lo mismo que si Leech se metiera en la boca del lobo, pues sus dos naves «Reckless» y «Lady Bess» le esperaban en el citado puerto.

Sin embargo, los sueños de Jamie no duraron mucho tiempo. Leech, que había vuelto en sí de

su borrachera, penetraba en el camarote seguido de sus hombres y le apuntaba con su pistola.

—No te muevas o te vuelo la cabeza.

Y acto seguido ordenó a sus esbirros que ataran a Jamie en la misma hamaca. Luego que los piratas le hubieron inmovilizado, le dijo amenazador:

—Me engañaste respecto a tu esposa. ¿En qué otra cosa me has mentido? ¿Están tus amigos esperándome en Maracaibo? Eres muy listo, Jamie. Llevaré el «Revenge» a Maracaibo yo mismo, con bandera inglesa y mis hombres a bordo y haré pedazos a quienes te esperan en el puerto, mientras agitan sus pañuelos enviándote un saludo. Y, lo que es más, te voy a quitar la dama.

Y dejando a Jamie atado y amordazado y llevándose a Margaret a la fuerza, salieron todos del camarote.

Conforme al plan explicado por Leech, el «Revenge», después de encerrar en la escotilla a Blue y a la tripulación de la nave, penetraba en la bahía de Maracaibo con la bandera inglesa en el mástil. Y como Morgan divisara el buque desde la fortaleza del puerto, ordenó a sus hombres que le trajeran a Jamie, tan pronto desembarcara, para darle un escarmiento.

La forma en que el «Revenge» penetró en el puerto llamó la atención de Morgan y sus hombres, pero lo atribuyeron a que Blue estaba borracho. De pronto, alguien exclamó:

—Así me cuelguen, entra como si nos quisiera combatir.

Y así era, en efecto. Al poco rato, Leech, que mandaba la nave, dió la orden de fuego y los disparos, hechos en varias direcciones, hicieron blanco en las naves del puerto y en el mismo fuerte.

Morgan, en el colmo de su furor, suponiendo que Jamie era el autor de aquella traición, gritó:

—¡Waring, Dios maldiga tu casta! Te aliaste de nuevo con el diablo. — Y ordenó a sus hombres: Corred a los buques y matad a ese traidor. Todos a los cañones.

Mientras tanto, Jamie, en su camarote y después de inauditos esfuerzos, consiguió librarse de sus ataduras y lanzarse al agua sin ser visto. Luego, nadando a flor de agua, se acercó al casco del «Cisne Negro» y cortó los cables del timón. El buque, imposibilitado de maniobrar y empujado por el viento, fué lanzado hacia la escollera y allí quedó embarrancado, ofreciendo un blanco magnífico a los cañones del puerto.

Una vez inutilizado el «Cisne Negro», Jamie, siempre nadando, se

dirigió al «Revenge» y subió por una de las cuerdas que pendían de la borda. Una vez en cubierta cogió la espada de un pirata muerto en la lucha que encontró a su paso y, arrastrándose por el suelo, se acercó a la escotilla donde estaban encerrados Blue y los de la tripulación.

—Alerta todos, Blue — murmuró a través de un respiradero. — Cuando yo diga «¡Arriba!», levantáis la escotilla y me ayudáis.

Y con su espada fué cortando las ligaduras que amarraban la escotilla. Cuando acababa de cortar la última, uno de los piratas le reconoció y dió el grito de alarma.

—¡Arriba! — exclamó Jamie.

Y entonces Blue y los suyos levantaron las escotillas y se lanzaron sobre los piratas. La lucha que se entabló fué feroz. Blue estranguló con sus nervudos brazos a uno de los piratas. Jamie, rápido, se dirigió hacia el timonel y le atravesó de parte a parte con su espada. Y cuando se disponía a tomar la rueda para variar el rumbo de la nave, apareció Leech espada en mano. Y entre los dos se entabló un combate a vida o muerte. El pirata atacó con gran furia a Jamie, que se vió obligado a retroceder y en el retroceso cayó por lo alto de la barandilla hasta la cubierta baja. Acudió presuroso Leech para

atravesarlo con su acero, pero Waring levantóse rápidamente y, recogiendo su espada, hizo frente nuevamente al pirata, y esta vez con más fortuna, pues le obligó a retroceder por el interior de la nave hasta su camarote. Allí Jamie vió a Margaret que estaba atada junto a un mueble y les contemplaba con los ojos llenos de espanto. La visión de la mujer amada hizo vacilar un instante el pulso de Jamie, y aquella indecisión fué aprovechada por Leech para herirle gravemente. Sin embargo, Waring, antes de caer al suelo sin sentido, aun pudo en un supremo esfuerzo tirar de su espada y atravesar a Leech de parte a parte.

En aquel momento apareció Blue que al ver a Jamie en el suelo se acercó presuroso. Después de observar la herida de su amigo, le dijo, aun sabiendo que éste, desmayado, no podía oírle:

—No te pasó las mollejas por' un dedo. Tienes un buen agujero y sangras como un perro degollado.

No bien hubo terminado de pronunciar estas palabras, Morgan apareció en el camarote seguido de varios de sus hombres que acababan de ocupar la nave y con ello de poner fin a la lucha.

—¿Le ha matado? — preguntó a Blue.

—Hace agua, pero no se hunde, mi capitán—repuso éste.

—Bien —prosiguió Morgan, satisfecho de no tener que renunciar a vengarse—. Temí que el truhán se burlase de mí por irse al infierno prematuramente —. Y dándose cuenta de que también estaba allí la hija de lord Denby, añadió—: Lady Margaret, mis humildes disculpas por lo que os ha hecho este caballero que fué un día mi amigo. Os aseguro que cuantas indignidades hayáis sufrido en sus manos habrán de vengarse. Le llevo conmigo a Port Royal y le encerraré cargado de cadenas, hasta que exhale, en pago de sus crímenes, su último aliento—. Y acercándose a la muchacha, la suplicó—: Permitidme que os desate.

Pero Blue, extrañado por las palabras que Morgan acababa de pronunciar, le dijo:

—No entiendo eso, Henry. ¿De qué vas a acusar al pobre Jamie? Yo estuve siempre a su lado y te aseguro que jamás sé que haya cometido nada que se parezca a un

crimen, excepto alguna pequeña botarata.

—Robó a esta inocente niña —replicó Morgan— del domicilio paterno, obligándola a seguirle como un salvaje, y esto ataca las raíces de la civilización. Tendrá que presentar disculpas desde la picota a la ofendida y a sus allegados.

Pero Margaret, ya libre de sus ligaduras, terciando en la conversación, explicó:

—El no me robó, sir Henry. Yo vine por mi propia voluntad.

Morgan la miró sorprendido.

—¿Podrás jurarlo? — le preguntó.

—Si se me pide, sí — dijo la muchacha.

En aquel momento uno de los hombres de Morgan apareció para decirle:

—Capitán, hemos terminado de contar los piratas. Han tenido doscientos muertos y setenta heridos y les hemos hecho ciento treinta prisioneros. ¿Qué nos ordenas?

—Izad velas — repuso Morgan.

—Voy a llevar a esta pobre demente a Jamaica.

**

Una hora después el «Revenge» navegaba a toda vela hacia Port Royal. Morgan, acompañado de Blue, contemplaba el mar y le decía sintiendo nostalgia de su pasado:

—Fíjate en el mar...

—Esta es la única vida, Henry — repuso Blue—. Di una palabra y el Caribe es tuyo.

En aquel momento llegó hasta ellos una voz femenina que gritaba:

—¡Capitán Waring, capitán Waring!

Era Margaret que llamaba a Jamie. Ambos se pusieron a platicar junto a la borda. Blue le dijo a Morgan, señalándole la pareja:

—Despeja la cubierta, Henry. Ahí va la última andanada.

Efectivamente, así parecía ser.

—Jamie mío — murmuraba la muchacha—. No has debido dejar la cama. ¿Quieres causarme todavía más disgustos? Vuelve a la cámara, Jamie mío.

—Van sólo dos veces. Una más. Yo dije tres.

—¡Jamie mío! — exclamó Margaret.

Entonces Waring la estrechó entre sus brazos y la besó.

Blue, mientras tanto, decía, no sin un deje de tristeza en la voz, acompañando a Morgan a su camarote:

—Se acabó. Esto es el fin de los piratas.

FIN

PRECIO: 2,50 ptas.

Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

Cancionero Jovial (Repertorio Alady-Lepe).

Cancionero "González Marín". Sus triunfales creaciones.

PRECIO: 3 pesetas.

Cancionero "Roberto Font". Las canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Canciones y bailes de España (espectáculo de Conchita Piquer, todas las canciones de su repertorio actual).

Zambra 1948 (Canciones y texto íntegro del espectáculo de Lola Flores y Manolo Caracol, por Quintero, León y Quiroga).

Albaicín (Canciones y texto íntegro del espectáculo de Antonio Amaya, por Clemente y Algarra).

Cancionero Andaluz (32 canciones ilustradas)

PRECIO: 4 ptas.

Cancionero en Boga, 250 éxitos, con las canciones de Jorge Negrete, "Soñando con música", "Música para tí", "Melodías del Danubio", "Los tres caballeros" y todo lo moderno.

Cancionero selecto (200 éxitos modernos: Soñando con música, Taxi... al Cómico, Argentinos en España, Tabernero (El Borracho),

Los signos mandan (Los mayores éxitos de las mejores Editoriales y Orquestas.)

Cancionero "Estrellas y Luceros" (250 éxitos regionales).

Cancionero «Quintero, León y Quiroga» (con sus más famosas y recientes canciones).

Solera de España, núm. 5 (Canciones y texto íntegro del espectáculo de Juanita Reina, por Quintero, León y Quiroga).

Cancionero "Melodías del Día" (20 éxitos seleccionados. Canciones de la revista Tú-Tú;

Vinieron las rubias; Historia de dos mujeres; La estrella de Egipto; Lues de Viena (Nueva versión); Amada mía; Tengo miedo, torero; etcétera).

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los "extras" en los estudios: alegrías y sinsabores de los "extras"; los secretos del cine). 3 pesetas.

Ráfagas de humor, por Fidelio Trimalción. 4 pesetas (Lectura hilarante. Optimista. Agradable). 5 pesetas.

Recortes de Prensa, por Antonio Losada. 2'50 pesetas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Casanova y Francisco-Mario Bistagne.

Precio: 2,50 ptas.
Ortega, Manolete y Arruza, por Juan Jara. Numerosas fotografías. — 2 pesetas.

Próximamente: La sensación de la temporada

EL TAMBOR DEL BRUCH



Cubierta T. G. J. SOLER
Providencia, 60 ~ Barcelona